Año III. Jueves 21 de Junio de 1894 Núm. 64.

LA ACADEMIA CALASANCIA

ÓRGANO DE LA ACADEMIA CALASANCIA DE LAS ESCUELAS PÍAS

DE BARCELONA

CARTA PASTORAL

DE LOS RVDOS. PRELADOS ESPAÑOLES QUE HAN IDO Á ROMA ACOMPAÑANDO Á LA PEREGRINACIÓN NACIONAL OBRERA DE 1894

I

Á nuestros amados hijos en el Señor los miembros de la Peregrinación Nacional Obrera, á cuantos en espíritu se unieron á ellos y á todo el Clero y fieles de nuestras diócesis.

Solliciti servare unitatem spiritus in vinculo pacis... veritatem facientes in charitate crescamus in illo per omnia qui est caput Christus. (*Ephes, IV*, 3, 15.)

Solícitos en guardar la unidad del espíritu en vínculo de paz... practicando verdad en caridad crezcamos en todas cosas en aquel que es la cabeza, Cristo. (*San Pab. á los Efes., IV*, 3, 15.)

Regresados felizmente á nuestra Patria, amadísimos peregrinos, después de la manifestación asombrosa de vuestra fe y vuestra cordura en Roma, es cosa de alzar el corazón á Dios y rendirle profundo agradecimiento, porque El, dispensador de todos los bienes, ha reinado y resplandecido entre vosotros, levantando vuestra empresa y vuestro nombre á la alteza de lo admirable y sublime. Somos nosotros los primeros admiradores de vuestra insigne obra; eco además de aquella palabra augusta del Papa, que puso el sello al asombro general reconociéndoos la primacía entre todas las demostraciones expléndidas de las Naciones, enderezadas á celebrar las fiestas de su jubileo. ¡Alabado sea Dios, y pregonen todas las criaturas su gloria porque así ha ensalzado vuestra peregrinación y bendecido el nombre de España!

¡Oh! qué dulce es la memoria del bien obrar! ¡qué grato al alma revolver en sus pensamientos el recuerdo del buen nom-

bre conquistado! ¡qué consolador para nosotros refrescar nuestro espíritu con la imaginación de tantos cuadros y escenas edificantes!

Salió la romería, en todos los ángulos de España, guiada por sus Pastores, desde los templos del Señor, donde se invocó la protección del cielo y robusteció la fe con la virtud de los Sacramentos, al eco de la palabra divina y entusiastas himnos sagrados, y por doquiera que pasaba dejaba la huella luminosa de la cultura y el buen olor de las virtudes.

Ante la provocación parcial de algún punto y la incivil despedida de unos desalmados; ante el denuesto y el silbido, y aun las piedras, y los disparos, se respondió con bendiciones por los Prelados agredidos y con heroicas muestras de prudencia y mansedumbre por los que formaban en las filas de la peregrinación.

Aquel pasaje sombrío sirvió, por altos juicios de Dios, para resalte más claro de vuestra romería, porque se avivó el sentimiento de dignidad en toda España, y el mismo grito de indignación resonó en todos sus ámbitos, hasta lanzarse unánime voto de protesta en las Cortes, con lo cual se declaró á la peregrinación eminentemente católica y española. Vosotros recordaréis la honda sensación que esa protesta labró en el extranjero, merced á la cual abriéronse nuevos caminos á la romería cubiertos de flores, por los respetos y benévola acogida que se granjeó en todos los lugares.

Roma es testigo, y los huéspedes todos que pueblan la Ciudad Eterna, del correcto comportamiento de los grupos de españoles que invadían calles y plazas, y penetraban en tiendas, Museos y santuarios, haciendo que en todo Roma se hablase la lengua de Cervantes; pero testigo elocuente, pregonador sincero, que por nada apasionados órganos de la voz pública prestó testimonio de la hidalguía y la piedad de nuestro pueblo. El nativo sentimiento de caballerosidad española se despertó más vivo que nunca en nuestros obreros al pisar las calles de Roma: «Aquí tenemos que dar limosna á cuantos pobres nos pidan,» hemos oído decir de humildes peregrinos. Cuando los romanos les contemplaban orando en las iglesias, de rodillas en el santo suelo, sin arrimo á ninguna parte, exclamaban aquéllos, edificados: «Así adoran á Dios los españoles».

Visitaban los jardines del Vaticano algunos obreros de la peregrinación, en ocasión que otros operarios italianos proseguían las obras allí proyectadas de un pabellón de verano, y, por el anhelo de hacer algo para el Papa, pidieron los españoles les permitiesen un turno de trabajo; lo cual obtenido, y tomadas las herramientas, trabajaron por dos horas con tal limpieza y primor, y sobre todo con tal gusto y saboreamiento, que se terminó aquella labor entre los aplausos de los obreros pontificios.

¿Cuándo se vió en Roma una comunión de hombres tan numerosa y prolongada como la de San Lorenzo, adonde acudieron nuestros peregrinos casi al día siguiente de su fatigoso viaje, extramuros de la ciudad, á pie en su mayor número, y empapados en agua de la persistente lluvia?

De las aclamaciones en el Vaticano á la vista del Papa, no hay descripción que no sea pálida: suelto allí el represado cariño y la fogosidad vehemente de nuestro pueblo, ni el irresistible empuje de las agitadas olas del Océano presta cabal imagen de las oleadas de fervor y entusiasmo con que al emocionado Pontífice incesantemente se le vitoreaba. Y ese pueblo incomparable rezaba á poco silencioso y recogido al postrarse su Padre y Pastor ante los altares, porque tan piadoso era en sus estrepitosas hosannas como en el suave murmullo de las plegarias del Rosario.

De boca en boca corría esta frase en Roma en aquellos memorables días, repetida por labios muy autorizados: «Esta romería es como una misión dada por los españoles». ¡Oh cuánto creció y se agigantó el nombre español en Roma por esta edificante peregrinación! En la capital del orbe católico, para que así sonara mas engrandecido en todas las naciones!

Replegado ha quedado el antiguo y dilatado poderío de España á la región de su nombre y pocas colonias más: nuestra influencia política, nuestro comercio, las letras y la industria las lloramos en decadencia; pero es consolador ver, en los mismos días de nuestra pequeñez territorial, que atesoramos en nuestro seno algún germen fecundo y poderoso, el cual hace que en el Concilio Vaticano nuestros Obispos sean los más unidos, resueltos y admirados del mundo; en las fiestas jubilares del Papa, de todos los ejércitos europeos, el español quien le haya dedicado más obras literarias; y en la competencia de los pueblos cristianos para demostrar con las peregrinaciones su adhesión al Pontífice, el pueblo español, con ser de los más distantes, el que ha alcanzado la palma de la primacía. Es la misma razón, el mismo secreto por que Napoleón, desde la altura de su genio, nunca quiso declarar la guerra á España, sino que se vió arrastrado por las imprevisiones de uno de sus generales. ¡Oh pueblo heroico, por tu fe y por tu carácter digno de mejor suerte!

De ahí que la complacencia y la satisfacción de nuestro Santísimo Padre León XIII por los brillantes rasgos de vuestra religiosidad la habéis visto dibujada en su bondadoso semblante, en aquel avance de los brazos, efusión de su alma paternal, para derramaros larga y copiosa bendición; lo habéis oído igualmente de sus augustos labios. «Ya he encargado al secretario de Estado, —nos decía á los Obispos,—que estos días cesen las gestiones de las tareas ordinarias: en este mes no pienso más que en vosotros; en estos días *soy español: hispanus sum.*»—Bendiga á España—

le pedía un peregrino á Su Santidad; y contestaba dulcemente el Papa:—Hijo mío, no pienso en otra cosa.—Y al ver tanto rosario y medallas presentados á su bendición, exclamaba sonriente:—Pero ¿no se han agotado yá las tiendas de objetos religiosos?—Ni menos oportuno y amable se mostró al verse rodeado de los oficiales y marinos de los vapores de la peregrinación; pues al serle presentado el capitán de uno de ellos, le preguntaba el Papa:—¿Capitán de cuál vapor?—Del *León XIII*, Santísimo Padre.—¿Del *León XIII*? ¿Le dejaréis ir á pique?—Padre Santo, *León XIII* no se hunde jamás.—¿De modo que sois mi capitán?—Sí, y Vuestra Santidad mi Rey.

Cierto, ese es el soberano, Vicario de Jesucristo, aclamado por nuestro pueblo, digno de la fe de España. Soberana figura que simboliza al Espíritu que sobrenadaba en las turbulentas aguas del génesis del mundo; reflejo de la Providencia, que suave y fuertemente dirige los destinos de las Naciones, que con su cabeza inspirada y serena, las armas de la mansedumbre y la calma, va guiando la nave de la Iglesia en un mar de recias olas y cerrada noche, rumbo al puerto de la salvación social, sin que los Estados le auxilien, simples espectadores, asombrados, á lo más, de cómo es rey de los corazones en la época y reinado del acero y el anarquismo.

Y vosotros, amadísimos peregrinos, habéis consolado á ese corazón magnánimo, lo habéis empapado en el baño de inefables dulzuras, le habéis dado del elixir de la vida (que el consuelo es el que la anima y la alarga), para que se dilate su vida preciosa, inmaculada maravilla del siglo XIX.

Al anuncio de que ibais á visitarle, quiso él honrar el nombre de España y ofreceros los cuadros más esplendorosos del culto con la beatificación de dos Apóstoles de nuestra Patria: beatos Juan de Ávila y Diego de Cádiz. Vosotros habéis venerado á vuestros compatricios y obsequiado al proclamador de sus heroicas virtudes.

Aun más: que si vuestra presencia en Roma ha vigorizado la persona del Papa reinante, no ha defendido menos la causa santa del Pontificado. Vuestras aclamaciones, que para los ineptos parecerían perdidas en las bóvedas de San Pedro, para los hombres pensadores y avisados eran gritos que resonaban muy lejos, el eco de los cuales decía en mil telegramas, al universo mundo, que la cuestión de Roma está viva y palpitante, como palpitante y ardoroso estaba vuestro pecho. ¿Por qué, llevando sólo el rosario en las manos, aunque fuerais más de 14,000, se os ha obligado á entrar en Roma divididos en dos expediciones? Es que hay más gente que vosotros, quienes, mal que les pese, acaban de reconocer que el Papa no debe vivir sujeto en las doradas prisiones del Vaticano.

Nuestros plácemes, pues, más halagüeños á todos los pere-

grinos, á las Juntas diocesanas y sus fervientes promovedores, á las Cámaras españolas y á S. M. la Reina, que se dignó adherirse, por los obreros de su casa y su regio telegrama, á tan brillante manifestacióu católica; nuestra enhorabuena más cumplida, y cordial bendición, al Excmo. Sr. Marqués de Comillas, caballero gran cruz de la Pontificia Orden de Cristo.

II.

El efecto primario de la peregrinación está alcanzado por manera sorprendente; pero á todos ocurrirá que la obra es de suyo tan fecunda, que debe producir ulteriores provechos. Nos hemos acercado á Roma para adherirnos á las enseñanzas de la cátedra de Pedro, y que todos nos vean colocados al lado del Papa, que es luz del mundo, como Aquél de quien es Vicario; piedra sobre que descansan á una el edificio de la Iglesia y el edificio de la sociedad, y á quien, en los grandes conflictos y en las grandes crisis, puede y debe acudirse en demanda de consejo. Cúmplenos, pues, para colmo de nuestra ventura y nuestra honra, presentarnos ahora como defensores de las enseñanzas pontificias, celosos observantes de las recomendaciones del Vicario de Jesucristo. Y lo primero de todo, testigos de las angustias de nuestro querido Padre, no cesaremos de orar por que sus días de tribulación acaben cuanto antes, y proclamar por todas partes la urgente necesidad de que viva el Papa con la independencia que él reclama para el mismo ejercicio de sus funciones espirituales.

Atenderemos al bienestar de nuestra Nación y perfeccionamiento de nuestro espíritu, prestando atento oído á los mandatos y consejos de nuestro Padre y Pastor.

El cual, tomando pie de la empresa realizada por los obreros peregrinos, recordó con vivo encarecimiento á los Obispos el celo por los círculos de industriales cristianos á fin de ilustrar y moralizar á la clase trabajadora, respondiendo á las excitaciones de su Encíclica *De conditione opificum*, y ahorrar á la sociedad días de luto y de vergüenza. «Para esto, decía el Papa, es menester avivar el fuego de la caridad, estrechar los vínculos de los católicos por la unión santificadora del amor divino.»

Seguramente, en España, podíamos atajar la difusión de las ideas disolventes, no llorando los daños en el rincón del hogar, ni gritando estérilmente contra los gobiernos, que al fin suelen ser engendro del voluntario sufragio, sino desplegando todos más actividad, dando nuestro nombre para la causa de Dios y parte de los caudales para el alivio del prójimo menesteroso. Esta es la más eficaz represión del anarquismo y saneamiento del árbol dañado de la libertad. El cuadro que presentó Valencia en la tarde del 11 de Abril á la despedida de los peregrinos, no puede

hablar más alto y convincente: de un lado obreros fascinados por las sectas; de otro los obreros educados por la Religión.

Los sectarios, huérfanos del noble sentimiento de la hospitalidad y del respeto á las gentes, insultan y escarnecen á respetables sacerdotes y dignas señoras, y apelan al silbido como expresión de sus sentimientos, olvidando que son racionales y con uso de la palabra, para rebajarse al nivel de las fieras. Degradados á tanto extremo, ¿qué maravilla apedrearan cobardamente á tres Obispos, uno tras otro, cuando los peregrinos se hallaban yá á bordo de los vapores? Distínguense las fieras, del hombre, en la carencia de pudor. Pudieron hallarse faltos de él los que silbaban; pero á sus conciudadanos les enrojecieron el rostro y llenaron de vergüenza. Una voz, la más autorizada del mundo, ha declarado que no sólo renunciaron por ello al título de cristianos, sino también al de españoles.

Pero volved la vista á los obreros educados por la Iglesia. Respetan á las gentes, agradecen los favores, bendicen á Dios, sufren pacientes las tribulaciones y llenan el espacio de vítores y cánticos. Granjéanse las simpatías de las Naciones, los aplausos del Papa, y á su Patria la conquistan envidiable nombre. Á su paso dejan aquel buen olor del Apóstol, que es como bendición del cielo, *Christi bonus odor sumus Deo* (1). Tales son los frutos de la educación cristiana.

Las sectas convierten los caballeros en viles esclavos, los obreros en máquinas infernales; la Religión, á los operarios los trasforma en caballeros, á los señores en héroes de la caridad, bálsamo de las llagas sociales. Descubierto el remedio de las dolencias de la humanidad, y recomendado tan vivamente por el Papa, urge su aplicación en todas las ciudades y pueblos de la Patria.

Por esto el venerado Pontífice nos encarecía tanto la multiplicación de los patronatos y círculos de obreros, de los cuales espera incalculables bienes para la Iglesia y para la sociedad. «Yo quisiera,—nos decía,—que no sólo en cada ciudad y en cada pueblo, sino en cada parroquia, hubiese un círculo de obreros católicos que, aparte de otros conocimientos útiles, se cimentasen más en el de la Religión explicada por celosos sacerdotes. Así aprenderían á cumplir fielmente con los deberes de cristianos, los de la vida de familia, los del trabajo y la industria, los de la vida social, influyendo poderosamente en la moralidad pública y en el bienestar común.»

Al clero y al pueblo, á los que abundan en bienes y á los que viven del trabajo, transmitimos las palabras del Pastor Supremo, y á todos pedimos con instancia que vengan en auxilio nuestro para llevar á la práctica su santo deseo y exhortación paternal.

(1) II ad Cor. II-15.

Los frutos de estos centros, conocidos son doquiera se han instituído. A ellos toca no pequeña gloria de la peregrinación; á ellos buena parte de cuanto en elogio de la misma se ha dicho y hemos recordado. Multipliquense en todas partes estos círculos y patronatos, que aproximan y aúnan todas las clases, y se multiplicarán á la par los frutos de orden moral y social.

Y en este punto no cabe excusa para la concordia de los ánimos y unión de los que se apellidan hijos de la Iglesia católica. A él pueden concurrir los que militan en diversas agrupaciones ó partidos políticos, ya que por desgracia nuestra nos hallamos deshechos en fracciones; y deshechos nos hallamos porque falta la abnegación; y no se tiene ésta porque falta también la fe sencilla y filial que en la sabiduría, en la prudencia y en el amor del Vicario de Cristo á todos sus hijos ha de poner todo el que católico quiera llamarse y serlo realmente.

Diversas escuelas tiene aún la ciencia teológica, lo que es muestra de la variedad y pequeñez de los ingenios humanos; pero en puntos nada sustanciales, oscuros para la razón y no aclarados por la revelación divina. En éstos, definidos una vez por la Iglesia, la creencia de los teólogos es unánime, significando el homenaje del entendimiento humano á la palabra infalible de Dios, *in captivitatem redigentes omnem intellectum in obsequium Christi* (1). Por fuerza en las escuelas filosóficas y políticas se impone la variedad de opiniones y partidos; pero al tocar los puntos de la Religión, exigidos por la Iglesia, reclamados por el Papa y los Prelados, es menester resplandezca la unión de los católicos. ¡Qué hermosa y brillante ha resultado la peregrinación en que nos ocupamos, fruto de la concordia de los ánimos y la sumisión á los legítimos Pastores! A nadie deben servir de embarazo sus aficiones particulares ó ideales políticos para estas empresas santas; y si tal acaeciera, bien puede desechar una idea opuesta á las reclamaciones de su conciencia religiosa, buscando ante todo y sobre todo el reino de Dios y su justicia (2), á fin de que, agrupados todos al pie de la Cruz, dispuestos por ella á cualquier sacrificio, trabaje cada cual en su esfera y en la medida de sus fuerzas para que en las familias y en los pueblos reine el Príncipe de la paz, Cristo Jesús, Rey de Reyes y Señor de los que dominan (3).

Y claro está que, como siempre se halla trabada la lucha entre el bien y el mal, y no hay pactada tregua entre la luz y las tinieblas, el Papa nos manda y ruega que, en la situación en que las circunstancias nos colocan, en ella trabajemos compactos por los sagrados intereses de la Religión y la Patria, no llevados

(1) II ad Cor., X, 5.
(2) Matth., VI., 33.
(3) I Tim., VI., 15.

del amargo pesimismo, sino alentados del buen espíritu, el cual pone de su parte cuanto se le alcanza, esperando en la Providencia divina que guiará nuestros esfuerzos, dándonos lo que mejor nos convenga. Dejarse llevar del espíritu de abandono ó destrucción, inactivo y maldiciente, más propio que de cristianos es de tendencia satánica y germen de anarquismo. La Iglesia sana y restaura las cosas en Cristo; es obra de Dios la sociedad, y la Iglesia la ama y defiende.

Por la razón natural alcanzamos que es necesaria la autoridad en el mundo, igualmente que á la autoridad son debidos el respeto y la obediencia. Y quiso Dios, por el bien de la sociedad misma, robustecer y confirmar tanto estas luces y doctrinas, que en diversas maneras nos las ha enseñado en las Sagradas Letras de uno y otro Testamento, y señaladamente en el Nuevo, por boca del Príncipe de los Apóstoles y el Apóstol de las gentes. «Deber es nuestro,—nos ha dicho el Papa,—sujetarnos respetuosamente á los poderes constituídos.» Y vosotros sabéis que nosotros somos los primeros en el cumplimiento de ese deber, y así lo hemos declarado en memorables documentos. El ser estas palabras y enseñanzas del Papa tan claras y obvias, tan recientes y solemnes, no permite que de parte nuestra haya más que acatamiento y veneración hacia ellas.

Sujeción respetuosa: para nosotros son como palabras sacramentales. Estas palabras no son grito de combate, sino luz de atracción; no deben aumentar las discordias, sino aunar las voluntades. Pueden moverse los católicos por todo el campo de las leyes patrias; que no dejan de estar sujetos á los poderes constituídos los que respetan las leyes y ajustan á ellas su conducta. Excusado es declarar que la ley ha de ser justa para ser ley, conforme enseña el santo Obispo de Hipona, como que también exige rendida obediencia mientras no sea evidente su injusticia, esto es, su oposición á la ley de Dios ó de su Iglesia. Las palabras del Papa han de ser escuchadas y bien recibidas, lo mismo las que nos halagan como las que nos piden sacrificios para el bienestar común.

¡Ah! Su Santidad nos decía: «Vosotros, hijos amadísimos, bien lo habéis comprendido, y Nos es grato admirar en esta grandiosa demostración la expresión elocuente de Nuestro pensamiento y del ansioso deseo de Nuestro corazón de ver concertadas todas las clases sociales, y bajo el amparo de la caridad cristiana, que es el *vínculo de perfección* (1).

Si esta reina de las virtudes, efusiva y pacificadora, alzase su trono en nuestras almas, nada más sería preciso aconsejar: ella es luz é ingenio, y todo lo rico y hermoso, como lo ponderó San Pablo al describir sus cualidades (2).

(1) Col., III, 14.
(2) 1.ª Ad Cor., XIII, 4.

Por esta razón os la deseamos tanto, y la recomendamos con la instancia y encarecimiento de San Pablo al escribir á sus discípulos, dispersos por el Asia: «Sobre todo, mantened constante la mutua caridad entre vosotros: *Ante omnia autem, mutuam in vobismetipsis charitatem continuam habentes*, porque la caridad cubre la muchedumbre de pecados» (1).

El Dios de la paciencia y del consuelo, amadísimos en el Señor, os dé á sentir una misma cosa entre vosotros, conforme á Jesucristo (2), á fin de que teniendo una misma caridad, un mismo ánimo, unos mismos pensamientos (3), os veáis colmados de todo gozo y de paz en el creer, para que abundéis en esperanza y en la virtud del Espíritu Santo, y, unánimes, á una boca glorifiquéis á Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo (4).

Descienda sobre vosotros, y permanezca siempre, la bendición de Dios Omnipotente Padre, † Hijo † y Espíritu † Santo.

Sevilla, 18 de Mayo de 1894.—† Benito, Cardenal Sanz y Forés, & &.

La Exposición general de Bellas Artes.

La sala 8.ª (primera de las dos que componen la sección extranjera) nos resarce de la mala impresión que sentimos al abandonar la última de las españolas. «Au bord du vaisseau de S. M.», aparte del tono oscuro que domina en la composición, se deja apreciar por la soltura con que está pintado: se conoce que Hoecker vió muy de cerca las maniobras que tienen lugar á cubierta. Anna Peters expone dos cuadros de flores de verdad. Theodor Hummel presenta un hijo junto al lecho mortuorio de su madre, con escasa precisión en los contornos, siendo lo más digno de elogio la figura de primer término. Possart traza una admirable perspectiva al trasladar al lienzo un patio del Alcázar de Sevilla. «Inocencia» es un estudio de desnudo, de gran suavidad en las carnaciones. Edmund Blume nos enseña algunos defectos en sus dos cuadros y bastantes cualidades en ambos; la joven que lleva la bujía, dibujada y pintada con seguridad y conocimiento de los efectos de luz artificial, nos deja fríos por su inmovilidad: bien nos parece el otro cuadro, que es una lección sencilla para los obreros huelguistas, pero es lástima que aquellas figuras tengan tan poca consistencia.

Los dos retratos de Carl Marr son de los que satisfacen al que

(1) I Petr., IV, 8.
(2) Rom., XV, 8.
(3) Philip., II, 2.
(4) Rom., XV.

los contempla, aun sin conocer siquiera al original. El de la Infanta D.ª Paz, anónimo en el *Catálogo*, iguala, si no supera, á sus convecinos. En la misma testera figura un interesante grupo compuesto de una muchacha campesina y una vieja. La primera, convaleciente de una enfermedad, denota una postración muy propia de su estado; la segunda, en mimosa actitud, coloca una mano en la espalda de aquélla y comprime ligeramente con la suya la otra mano de la muchacha. Tanto las figuras como el paisaje son justos de color, pero encontramos á faltar ambiente. Anders Andersen ha pintado un paisaje de invierno, detallado, con buena perspectiva, resultando un cromo. «La Sainte Cène» nos ha llamado la atención por lo elegante y nuevo de la factura: las bellas cualidades que posee quedan desvirtuadas en gran parte por la excesiva desproporción en la talla de los apóstoles del primero al último término. Dos figuras de medio cuerpo, de Hartmann, están bien observadas, en especial la del «Cervecero», que es un tipo acabado. «El Príncipe Obispo», de Holmberg, sin reunir cualidades de primer orden, es un cuadro de conjunto simpático. Gietl acredita una delicada ejecución con su «Tarde de verano».

Como obra magistral en esta sala, la «Reveuse», de Uhde: la mirada vaga de la campesina, sus manos abandonadas en la falda, su cuerpo indolentemente contraído, nos expresan una imaginación soñadora tal como el autor quiso que fuese; la riqueza del paisaje contribuye á la mejor impresión de la figura. Extraño efecto experimentamos ante el cuadro de Schachinger. Débese tal vez á la falta de unidad en la factura, pues contrasta notablemente el paisaje del fondo con el de primer término; acaso á la importancia desmedida que su autor quiso dar á la vegetación, dejando en lugar muy secundario á la niña, con parecer la figura principal. Aun prescindiendo del elemento subjetivo, llamémosle así, el colorido nos resulta falso y la niña sin alma. Una testa finísima, á la par que vigorosa, hay que apuntar, original de Stochmeyer. Construcción insuperable, riqueza en los detalles y armonía en el conjunto, son cualidades de las que Rosen ha dado una hermosa prueba al trasladar al lienzo un episodio de batalla: en medio de aquella amalgama de hombres y cosas, cada figura encuadra con las demás, cada objeto tiene sus líneas perfectamente definidas, sin que una solución de continuidad sea motivo para destruirlas. «Le pont de Galata à Constantinople» es una tela colosal por su detalladísima ejecución: á pesar del mérito innegable que entraña, preferimos los dos turcos del mismo Alexandre Wagner, colocados en otro lugar de esta sala, pintados con distinción.

Al penetrar en la siguiente nos encontramos desde luego con un cuadro de procedimiento tan raro como habilidoso. «Giorno di festa» se titula, y es su autor Morbelli. El que pasara por de-

lante de él y se parara á contemplarlo á la distancia conveniente, no vería ninguna diferencia de procedimiento al compararlo con los demás cuadros al óleo: es preciso acercarse mucho para notar unos puntitos de color fijados en la tela con tal maña, que llegan á resultar una obra de arte. Por lo demás, y atendiendo tan sólo á las cualidades de toda obra pictórica, notamos en ésta una ejecución de primer orden. Lo mismo cabe decir de «Incensum domino!...» y «Alba» (que son del mismo sistema), siendo recomendable el primero por los efectos de luz, difíciles de alcanzar, y el segundo por la dulce soñolencia que produce aquel crepúsculo matutino que parece de verdad. Convencional en gran parte hallamos en su conjunto el «Voluttà del prato», de Zonaro, aunque pintado con delicadeza, así como «Fior di bosco», el cual acusa la modelo. Engel presenta unos jugadores de naipes de marcado carácter local, y una figura de cuerpo entero bien ejecutada en ciertos trozos, adoleciendo la testa de vigor.

Los retratos de Amélie Beaury son buenos á todo serlo: no nos satisface tanto «Le travail», que como alegoría es aceptable. La Sra. Landré ha modelado más bien que pintado una figura de mujer. Boudry expone una escena íntima de natural actitud en los que la forman, predominando el tono oscuro. El estudio de los animales en pintura, tan sumamente descuidado, llama la atención del observador que se encuentra con una muestra de aquel género: lo es gallarda la composición que figura la vuelta de bueyes y ovejas al hato, cuyo autor, Pennasilico, demuestra que sabe construir bien, teniendo que oponérsele la tendencia á lo panorámico que en su cuadro campea. La calle que expone Gillot produce ilusión por la riqueza de aire y luz que en ella predomina. Un paisaje holandés de Hamel nos ha gustado por sus anchos horizontes y excelente perspectiva, pero adolece de cierta entonación apagada en su conjunto.

Mucho original y también ridículo hemos podido apreciar en nuestra Exposición, pero nada tan disparatado como una nota, mancha, ó lo que sea, que Bougard trazó desde el Monte Salvator en Lugano: es la última fase del impresionismo. Finísimo en la pincelada ha estado Bordignon en su «Primavera della vita»: es una bella figura de niña, la que, dada la intención del autor, encontramos falta de esa nerviosidad y alegría que caracteriza á la infancia. «L' Età Beata» dice claro que ha salido del mismo pincel. Más afortunado Francisco de P. Mendoza en «La hija del jardinero» que en «Romeo ante la tumba de Julieta», creemos que todo el idealismo que de derecho corresponde á éste, por el asunto planteado, se está deslizando en la primera tela, trasparente por lo delicada, contribuyendo á aquel singular efecto las incorrecciones de dibujo que se echan de ver en la segunda.

«Les longs jours» interesa desde luego por envolver una idea desarrollada con talento. Un viejo de desahogada posición está

sentado junto á la ventana que da á un jardín desde donde parece que sube el aroma hasta el espectador. Su actitud indica que algún maligno ataque le impide moverse, y la monja que lee contribuye á endulzar los momentos de su vida. Es simpático el contraste que resulta de la monja y el viejo. «Tentation de Saint-Antoine» es nuevo en la factura: nada de posturas, que resultan de apoteosis, en la mujer, y de movimientos bruscos en el Santo. Herbo nosle presenta de frente y sentado besando febrilmente un Crucifijo con pasión mística, tratando de esquivar con su desprecio el demonio de la carne en forma de dos mujeres (para mayor novedad son dos) que le llaman á sus espaldas, tocándole ligeramente. La ejecución es firme, con gran morbidez en las carnaciones y expresión en los rostros. «La bañista», de Desportes, es escultural, soberbia: un desnudo de los que escasean por lo buenos. Intensidad de sentimiento apreciamos en la madre, de Gariani, que junto al lecho de su hija parece quererla infundir la vida que la falta. El rostro de la niña está estudiado con primor, pues aquellos ojos hundidos y aquellos labios prolongados é incoloros no pueden producirse sin estar dotado de las cualidades de observación que debe poseer el artista.

Signorini demuestra que sabe pintar como pocos á la acuarela; su «Storielle divertenti» es una filigrana: grandes condiciones posee asimismo el «Martirio del sonno», que llega á producir escalofrios en el que lo contempla. Campriani ha ejecutado con gran habilidad una animada escena de la marina de Nápoles. Gasparini nos quiere probar en uno de sus cuadros el triste sino de la gente pobre desahuciada por falta de pago: nos mueven á compasión aquellos infelices en quienes el autor supo imprimir la resignación y la miseria.

Párrafo aparte para «I giurati» de Bottero. Está pintado con valentía y cierta intención, digna de elogio para unos, de censura para otros. El elemento lego se ve perfectamente retratado, con un interés en las piezas de convicción, más hijo de la curiosidad que de la serena observancia del que ha de fundar su fallo en estas y otras pruebas. El ujier que pone de manifiesto el cuerpo del delito es de una fuerza extraordinaria, así como, lo repetimos, todas las figuras del cuadro. Tres de Willaert reunen grandes cualidades: el típico «Chez les humbles» y los dos paisajes, de ambiente y frescura, nos le acreditan de concienzudo y diestro en la figura y en el estudio al aire libre. Análogas condiciones apuntamos para Sigon, aunque en grado bastante inferior: su huerta ó jardín es correcto, pero nos daña á la vista ese tinte acromado del que pecan tantos cuadros de la sección extranjera. Finalmente, el «Dafnis y Cloe», de Wostry, al que faltan los atractivos que deben tener las grandes telas, por obligarnos más á su contemplación, es una obra que nos deja fríos por no que-

dar compensado con lo bueno lo que, no siéndolo tanto, sólo alcanza á lo regular.

Las salas de la planta baja del Palacio de Bellas Artes son dignas de visitarse: contienen excelentes grabados, dibujos al lápiz, al carbón, á la pluma, multitud de los cuales sirvieron para ilustrar varias obras; acuarelas, copias fidelísimas de cuadros de nuestros mejores artistas del Renacimiento, etc. Como la inmensa mayoría de estos trabajos están yá juzgados, nos abstenemos de su examen, y pasamos á describir la sección de escultura, reunida en el salón central sin distinción entre artistas españoles y extranjeros.

El retrato del jurisconsulto catalán Fontanella reune aquellas condiciones que desde luego se atribuyen á una mano experta en el arte escultórico. Más que experta, magistral, movida por el genio, se manifiesta en un busto de niña, cuyo nombre «Margheritina» predispone al cariño y mueve al visitante á irresistible curiosidad por conocerla: tal nos sucedió á nosotros. Miguel Blay, autor de aquél como de ésta, parece haber querido demostrar, en obra de tan pocas pretensiones como su niña, de cuánto es capaz su cincel: aire de candor respira el delicioso rostro, morbidez y frescura tienen sus carnes, gracia infantil delata el solo busto. De «Los primeros fríos» nos ocupamos yá cuando la Exposición del Círculo de San Lucas: en la presente vemos, en el grupo, mayor atrevimiento si cabe, ya que, con ser las mismas las figuras, están despojadas de todo lo que puede ser estorbo á la contemplación de todos los músculos palpitantes; palpitantes, sí, con estremecimientos eléctricos que produce un aire helado, precursor del invierno... *los primeros fríos*, que penetran en el cuerpecito de la infeliz, que busca ilusorio abrigo en el contacto del viejo, yerto también y resignado. Mucha filosofía podría deducirse de la situación de aquellos infelices; filosofía vulgar y hasta casera, pero no menos elocuente que las profundas elucubraciones del hombre de ciencia.

Atché nos infunde el terror con un boceto que titula «En capilla». Grande de líneas se nos presenta el «Entierro de Judas», que consta de dos figuras: la del Apóstol traidor descansando realmente en la espalda del diablo, muy bien ejecutada por sentir de verdad el peso del cuerpo muerto. Es apreciable asimismo una Virgen tallada en madera, que inspira sentimiento religioso. «Santa Cecilia», de Riu Cyortina, está ejecutada con distinción. «Pobre niño», de SerryetSallés, nos da á conocer el trágico fin de un nadador víctima de su suerte fatal ó de su inexperto atrevimiento, colocado con mucha naturalidad sobre la roca: es un notable estudio al desnudo. Agapito Vallmitjana expone una leona con sus cachorros, grupo que resulta interesante en extremo, de contornos elegantes, y atractivo por demostrar el instinto de

maternidad, tan desarrollado, aun entre las fieras. El «San Jerónimo» se presenta de rostro dulce y fervoroso á la par. Bien sentida hallamos la composición que Clarassó titula «La fuerza del débil», aunque su conjunto peca de cierta nimiedad. «Pare nostre...», del mismo, es una testa que dice bien esta oración.

La «Pensativa», de Pardo de Tavera, es una muchacha modelada con gran amplitud: prescindiendo de la posición de su cuerpo, muy bien estudiada, en su manera vaga de mirar justifica por completo el lema que el autor la imprimió. La estatua de Soler Forcada, titulada «¡Mayo!», logra interesar á pesar de la vulgaridad de su tema: hay allí un estudio concienzudo del natural, tanto en las carnaciones como en las ropas, cuyos pliegues están ejecutados con soltura. De pésimo gusto conceptuamos la «Desolación», de Rosselló, desnudo que, reuniendo no despreciables cualidades, queda empequeñecido por lo grotesco de la composición. Mucho y bueno ha traído Campeny á este certamen, pues las cinco obras que expone se recomiendan por una ú otra circunstancia: si exactísimo es el retrato, airosa y al par sencilla resulta la alegoría «El Dios Pan», así como denota perfecto conocimiento anatómico el modelado de los animales que completan la serie de producciones de este artista. De acentuado aire popular, de carácter simpático, es la figurita á la que Tasso ha colocado la tradicional palma de la fiesta de Ramos.

Si ha de encontrarse en la sección de escultura, española y extranjera, una imagen que, sin recursos de relumbrón ni de clase alguna, impresione al que la contempla, inspirando el fervor que es de desear en la obra de asunto religioso, esta es la «Purísima», de Venancio Vallmitjana, sobria de líneas, admirable de expresión, grandiosa en su misma sencillez. No aplicaríamos estos conceptos al grupo «Piedad», del propio Vallmitjana, antes, ni mucho menos después, de haber contemplado la estatua examinada. Condiciones para cultivar con éxito el arte escultórico reune un estudio de José Rebarter. También las reúne el «Retrato», de Juan Massó. El grupo «Gerona», de Parera, destinado á rematar el monumento que ha de levantarse en esa inmortal ciudad, es apropiado á su objeto, siendo de notar en el mismo un conjunto majestuoso. Bien modelado encontramos el «Sant Joan noy», de Berga y Boada, bastante acentuado en la nota mística, pero acusando el modelo.

Siguiendo el orden del *Catálogo*, tenemos que ocuparnos en la sección extranjera, que si de hecho está confundida con la española, conforme se ha indicado, forma en aquél separación especial. El busto «Forosetta», de Eduardo Rossi, es altamente simpático. Lo mejor observado, de este autor, es su «Pescatore di polipi», muy expresivo y preciso en el detalle: contemplando el rostro del niño se puede notar la manifestación del dolor bien

traducida, pues se ve que el que lo sufre yá está acostumbrado á tales percances por razón de su oficio. Abigarrado y molesto á la vista es el grupo de leones de Sarti: en él apreciamos mejor un trabajo de habilidad que una obra de inspiración. Aficionado en extremo al género realista, Charlier, con su «Misère», llega á causar repulsión: aquella tendencia le perjudica grandemente al exponernos «Prière», que, si podría resultar aceptable, ahora no lo es, por haber querido emplear su autor para un grupo de concepción poética idénticos medios que para uno que por su asunto siempre ha de prestarse más á la copia servil de *cliché*. Ejecutado con gran conocimiento del desnudo expone Cifariello un «Martirio», cuya víctima nos hace sufrir por la justa demostración de sus horrorosos padecimientos. Firme de ejecución es la «Santa Lucia», de Marino, así como el busto de Bottasso, que lo mismo podría titularse «Delirium» que otra cosa. Por último, «L'innominato», del Cav. Benvenuti, se recomienda por sus líneas vigorosas y expresión acabada.

ALFREDO ELÍAS.

JOSÉ FRANCISCO LA HARPE

En el tiempo del *terrorismo*, en París, en Setiembre de 1795, un hombre que tendría unos cincuenta años, entraba en su casa, pálido, desconcertado y agitadísimo. Echó sobre una silla su sombrero abollado, y con las manos se arreglaba los cabellos mojados por el sudor, cabellos que, arreglados á la moda republicana de entonces, no disimulaban el peinado aristocrático de *ala de pichón* á que estaban acostumbrados. Las gotas de sudor caian, manchando el negro cuello de la *carmañola*, especie de chaleco republicano muy usado en aquella época.

No bien había penetrado en su sala, cuando su fiel criado se apresuraba á traerle la bata de seda, á cuya vista tembló de espanto el recién venido, diciendo:

—Pero, Antonio, ¿quieres perderme? ¡Ponerme bata para parecer un aristócrata! ¿Es que no sabes que estoy amenazado de una visita domiciliaria, de un arresto quizá? Robespierre no puede perdonarme el haber criticado sus escritos. Dije, no hace mucho tiempo, que le faltaba ingenio, y ahora él me acusa de falta de patriotismo; cruel represalia que tal vez me cueste la vida.

—¿Qué hacer? ¿Qué resolver?—continuaba diciendo mientras andaba á largos pasos.—¿Esconderme? Pero ¿dónde? ¿Quién querrá darme un asilo? No tengo amigos, y, además, pronto sería des-

cubierto, y en mi fuga veríase la prueba de mi culpabilidad.... ¡Oh! ¿Qué hacer, Dios mío?

—El señor se asusta quizá demasiado presto,—observó el criado.

—¡Señor!.... Pero ¿qué manera de hablar es esta, Antonio- Llámame ciudadano, trátame de tú: lo prefiero.

Y continuó su diálogo:

—¡He aquí nuestra obra! ¡He aquí el resultado de nuestros conatos para desenmascarar al *infame*, como escribía Voltaire! He? mos destruido el culto religioso y la dignidad real: ahora es preciso prosternarse ante el *terror* y encorvarse ante el poder de Robespierre. Mejor que esto era la Misa y la Bastilla... ¿Yo faltar al patriotismo? Como si no diera las pruebas imaginables: hice mi profesión de fe cubriéndome con el gorro frigio; diez y ocho meses hace que redacto el *Mercurio de Francia* con energía republicana capaz de honrar al mismo Marat. Robespierre no desmiente la severidad de mi crítica: me vió esta mañana, y, volviéndose á uno de sus secuaces, le dijo en voz alta, para que yo lo oyera:—«Cómo! ¿Aun no ha sido arrestado La Harpe?»¡ ¡Ah Antonio! ¡Estoy perdido!

Antonio, criado viejo, acostumbrado al terror pusilánime de su amo, adoptaba todos los medios que le sugería su imaginación para tranquilizarlo; pero La Harpe continuaba arriba y abajo con pasos precipitados, repitiendo:—¡Estoy perdido!

De repente paróse delante de una estufa, encima de la cual había dos bustos de yeso dorado, representando el uno á Voltaire y el otro á Juan Jacobo Rousseau, ambos adornados con el gorro frigio. El filósofo, cruzado de brazos, se sumió en tétrica meditación.

—Todo lo he sacrificado á Voltaire, ó, más bien, á mi vanidad; he renegado de las santas creencias aprendidas en el colegio de Harcourt, para obtener una mirada de Voltaire, porque una sola de estas miradas bastaba para salir del vulgo; he quedado mal con mis bienhechores para darle gusto á él; me alisté entre sus secuaces, y le he seguido paso á paso, imitando sus doctrinas, adoptando sus rencores, sofocando la voz de mi conciencia y rompiendo lo que el rompía, abatiendo lo que él abatía... y ahora, en premio de todo esto, no gozo de un momento tranquilo, no puedo salvar la vida.

En esto se oyó llamar con fuerza á la puerta de la sala y que una voz gritaba con arrogancia:

—¡Abrid, en nombre de la ley!

La Harpe, á esta intimación, pálido y vacilante, se dejó caer en una silla de brazos. El criado abrió la puerta, y entonces hizo su aparición un comisario de la Guardia nacional, seguido de algunos hombres armados.

—¿El ciudadano José Francisco La Harpe?—dijo el funcionario mirando su papel.

La Harpe, sin hablar, hizo un gesto que quería decir: «Soy yo.»

—Ved un decreto de arresto que me ordena conduciros á la prisión del Luxemburgo.

La Harpe hizo un estuerzo para ponerse de pie, pero cayó desvanecido en un sillón.

—En consecuencia,—prosiguió el secretario,—pondré el sello en esta habitación y marcharemos en seguida.

Un cuarto de hora después, La Harpe, rodeado de gente armada y una porción de curiosos, era conducido al Luxemburgo, mientras el populacho gritaba: «¡Al farol el aristócrata!»

La Harpe, que vimos tan débil y temeroso en su casa, hizo gala de mucho valor en la cárcel del Luxemburgo. Esto consistía en que allí se encontraba solo, mientras que en la prisión veíase observado de todos y notado su temple de ánimo.

Pero si de día se le veía sonreir y hablar corrientemente, si disputaba, usando de dichos mordaces y repentinos que tan familiares le eran, la noche la pasaba desvelado y atormentado. Se le representaba el tribunal revolucionario, la guillotina y otros horrores que horripilaban su mente, mientras que, impasibles, sus compañeros de infortunio dormían sabrosamente con la sonrisa en los labios, como si no fueran, como él, presos, y la espada de Damocles no amenazara igualmente sus cabezas.

Por esto La Harpe estaba pálido y no podía alejar su terror á pesar de la embriaguez de sus discusiones y de la ostentación de su valor.

Por lo demás, conservaba en su prisión el desprecio y la altaneria de su intolerancia religiosa. Si los presos no aplaudían sus lucubraciones ó se separaban de sus opiniones, los abrumaba con su desprecio ó con sus amenazas: por eso todos le despreciaban y evitaban su compañía, tachándolo de pedante, despreciativo y otros epitetos peores.

Una noche, después de la cena, cuando el carcelero había venido ya de encerrar á los detenidos para el resto de la noche, abrióse la pesada puerta y entró un anciano octogenario, pequeño y enfermizo, caminando débilmente, y tosiendo de un modo tal, que daba á entender seria un verdadero tormento para quien lo tuviera de vecino.

El carcelero le puso un jergón cerca del lecho de La Harpe, diciéndole:

—Ciudadano, pasa la noche como puedas en este jergón: ya es tarde para procurarte mejor cama.

—Esto es bien incómodo y doloroso para mi edad y achaques,

—repuso el viejo, tosiendo fuertemente;—pero no importa: hágase la voluntad de Dios.

La Harpe, en una discusión sostenida por la mañana de aquel mismo día con un joven llevado á la prisión el día anterior y por él conocido, estaba fuera de sí por la resistencia opuesta por su contrincante. El joven, con mucha afabilidad, pero con mucha firmeza, no había cedido á las invectivas del filósofo, y con sus razones contundentes lo había vencido completamente.

La Harpe, no queriendo humillarse á la evidencia, había concluído lanzando sarcasmos en vez de razones, y habíase acostado sin poder desahogar su bilis. Fácil es pensar qué cara pondría al pobre viejo que tosía, esputaba y no dejaba dormir. Sin responder más que con monosílabos á las imprecaciones de La Harpe, el nuevo detenido habíase arrodillado en su jergón miserable, descubierta la cabeza, y juntando las manos empezaba á recitar sus largas y fervorosas oraciones de la noche.

—¡Ah! ¡ah!—exclamó burlonamente el filósofo.—¿El señor reza?

El viejo, con su ademán solemne, le hizo comprender que no quería ser interrumpido, y continuó rezando.

—Parece que sois muy devoto,—prosiguió La Harpe.

—Soy un sacerdote católico.

—Tus rezos son muy largos, y no da mucho gusto oir estos latinajos que no siempre se comprenden.

—Yo, á lo menos, comprendo perfectamente, porque he sido maestro de retórica.

—Y habéis formado buenos alumnos, que comprendían el *Padre nuestro* como su profesor: ¿no es verdad?

—He tenido discípulos buenos y malos, y, entre estos últimos, he de confesarlo, á uno que se le metió en la cabeza traducir *Suetonio*, y lo ha hecho con mil contrasentidos; pero en compensación escribió bellísimos versos latinos contra mí, su amigo y bienhechor.

Estas palabras, que recordaban á La Harpe una de sus vergüenzas, le hicieron asomar los colores al rostro. Echó una mirada investigadora al viejo, miró sus facciones como para reconocerle; pero no lo conseguía, porque siguió en su tono hostil y bilioso.

El buen anciano respondía siempre amablemente, pero no sin un tono irónico y misterioso. Al fin, cuando La Harpe excedió los límites de la conveniencia, el cura le dijo:

—¿Habéis nacido en París, señor?

—Sí, señor. Pero ¿á qué esta pregunta?

—Vuestro padre, descendiente de noble familia del cantón de Vaud y capitán de artillería, ¿no os dejó huérfano á los nueve años?

—Sí, señor. Pero ¿por qué...?

—No me interrumpáis,—dijo con ademán imperioso el viejo sacerdote.—Recogido y criado por las monjas de San Andrés del Arte, os presentaron al rector del colegio de Harcourt, y lograsteis una beca, esto es, un asilo, una buena educación, y, lo que es más, señor, la ternura de un hombre que os amaba como un padre.

Entonces erais bueno, piadoso, sin vanidad... Pero la vanidad se apoderó de vos y os secó el corazón: escribisteis versos infamantes contra vuestro bienhechor; y, despedido por esta causa del colegio, á pesar de las lágrimas, los extremos y súplicas de aquel mismo que había sido vilipendiado, os echasteis al mundo de los filósofos y os mostrasteis ingrato con Dios, como antes con el abate Assalin.

Pero vuestra conciencia, aunque de esto hayan pasado treinta y tres años, no ha muerto, señor, no: el recuerdo del colegio Harcourt no se presenta sin que el rubor asalte vuestra frente. El remordimiento llama á vuestros oidos y vuestra conciencia, y yo rezo para que el Señor os ilumine; pero yo estoy aquí para deciros entonces: «Aquí estoy, hijo mío, pues me has llamado.»

El anciano, hablando así, era todo alma, todo fuego, tenía el rostro bañado en lágrimas, y alargaba el brazo hacia La Harpe, el cual también prorrumpía en copioso llanto.

Pasaron toda la noche hablando, y á la mañana siguiente, tras un corto descanso, reanudaron su coloquio.

Ocho días después el abate Assalin celebraba la Misa en la sala de los detenidos. La Harpe recibió la comunión á la vista de todos, abjuró solemnemente sus errores, y al día siguiente empezó la traducción del *Salterio,* al cual hizo preceder un elocuente discurso sobre el espíritu de los Libros Sagrados y el estilo de los Profetas.

A la muerte de Robespierre salió de su prisión, siguió el curso de sus lecciones de literatura, empezado en 1786, siendo miembro de la Academia Francesa, y fué un mantenedor del catolicismo.

Escribió además *El fanatismo de la lengua revolucionaria*, obra que no concluyó, y en la cual se proponía dar una idea de los horrores revolucionarios; la *Apología de la Religión* y el *Triunfo de la Religión; Los Mártires*, poema dividido en doce cantos, cuyo argumento versaba en las catástrofes de la revolución.

Este literato insigne había nácido en 1739 en París, en donde murió, en paz, en 1803.

LA CARTA DE UNA MADRE

Visitaba un médico, Mr. N***, á uno de sus clientes que se ha aba enfermo, joven de unos treinta y dos años. Una vida licenciosa, después de reducirle á la miseria, le había sepultado en el lecho de muerte. No pudiendo salvar á este desgraciado, se esforzaba el doctor en mitigar sus padecimientos. Frío, taciturno, macilento, aceptaba los remedios que se le aplicaban sin confiar mucho en su eficacia. Todos sus deseos consistían en dormir siempre y tomar opio.

Dejemos la relación del hecho á Mr. N***.

«Hallé en la escalera á un anciano sacerdote, que me dijo:

»—Caballero, tengo entendido que es V. cristiano; por tanto, ruego á V. se sirva prestar un servicio á este joven infeliz, hablándole un poco de la Bondad divina. Muchas visitas le tengo hechas, pero todas sin resultado. Recíbeme cortésmente, pero nada más. Estoy seguro que una palabra de V. produciría más efecto que todas mis exhortaciones.

»Prometíle hacer la prueba.

»A la mañana siguiente procuré entablar conversación con el enfermo, y, viendo que se prestaba á ello de buen grado, fui llevándola al terreno religioso. Advirtiólo, y me dijo con firmeza:

»—Caballero, suplico á V. no me hable de religión, pues no creo en ella.

»—A lo menos,—repuse,—creerá V. en la existencia del alma.

»—En lo que yo creo es en el opio y en el sueño,—contestó con tono burlón.

»Y se puso en actitud de dormir.

»Algunos días más tarde, hice una segunda tentativa, que no dió mejores resultados que la primera.

»—Oiga V., señor doctor—díjome el enfermo—estudié un poco la filosofía y la conozco bastante para no creer en la existencia del alma.

»Y comenzó á explanarme algunos de los argumentos de la escuela materialista.

»Comprendiendo la inutilidad de mis esfuerzos, no quise insistir, y allí apesadumbrado.

»No obstante, por algún tiempo continuamos, el mencionado sacerdote y yo, prodigando nuestros cuidados, aunque sin éxito alguno, al cuerpo y al alma del enfermo.

»El cuerpo marchaba á grandes pasos al sepulcro.

»El alma iba á precipitarse á su perdición eterna.

»Un día en que apliqué una ventosa al paciente, necesitando un pedazo de papel, eché mano de una carta que había junto á

la almohada; y cuando iba á servirme de ella, me la arrebató bruscamente de las manos. Algo sorprendido, arranqué una hoja de un librote y efectué mi operación.

»Por la tarde del mismo día, volví junto á la cabecera del enfermo, que iba empeorando cada vez más. En sus manos tenía aquella carta, y se esforzaba en leerla.

»—Doctor,—me dijo;—esta carta es la última que me escribió mi madre. Hace un año que la llevo encima, y la he leído más de cien veces. Quisiera leerla de nuevo antes de morir, pero mis manos tiemblan y mi vista se anubla. Añada V. á sus bondades la de leerme en voz alta este papel.

»Tomé la carta y comencé su lectura.

¡Ah! ¡No! ¡Jamás desde entonces he leído nada tan tierno y conmovedor! Era Mónica escribiendo á Agustín. ¡Cuán hermoso me pareció entonces ejercer la medicina! Contaba solo veintiséis años, y acababa de perder la mejor de las madres. Los sollozos ahogaron mi voz, y mis párpados se humedecieron.

»Miré al enfermo. Le vi llorar en silencio, y mis lágrimas fueron á confundirse con las suyas.

»Levantéme al punto, y exclamé:

»—¡Infeliz! ¿Podéis creer que la que escribió esta carta no tenía alma?

Él calló, y sus lágrimas corrieron con más abundancia.

»Al día siguiente mandó buscar al anciano sacerdote, con el cual conversó un largo rato.

Dos días después recibió los santos Sacramentos con santa edificación.

»Todavía vivió una semana. Su cortés frialdad no era más que un disfraz bajo el cual se ocultaba un corazón extraviado sin duda, pero bueno y generoso. Murió en mis brazos y los del buen sacerdote, cubriendo de besos los pies del crucifijo y la carta de su madre.»—*F. de T.*

EN EL TEMPLO

¡Refugio del espíritu creyente,
Capitolio del Rey de las alturas,
Abismo á donde van cual río ingente
Y en furioso turbión las desventuras!

Tú tienes para todos techo amigo,
Para pueblos y reyes enseñanzas,

Opulencia inmortal para el mendigo,
Para el soldado eternas esperanzas.

Nace el infante, y luego en tu piscina
Lava su culpa original primera;
Ama el adulto, y bendición divina
Le brindas tú, y amante compañera.

De Sud á Septentrión, de Ocaso á Oriente,
Humanas greyes, en rebaño inmenso,
Á ti confluyen entre casto ambiente
Y nubes albas de fragante incienso.

Eres redil de vírgenes cristianas
Y penúltima cita de los muertos,
De donde al triste són de tus campanas
Van á yacer en los sepulcros yertos.

De oraciones maternas rebosantes,
Sollozan tus penumbras y rincones,
Cuando quizá entre copas embriagantes
Lanza el hijo hasta Dios sus maldiciones.

La golondrina, como niño alado,
Entra por las ojivas en tu seno:
¡Es la inocencia que huye del pecado
Y busca el bien de que te encuentras lleno!

Te alzas á estilo de los templos godos,
Ó cual toscano y dórico modelo:
Grande, porque eres el hogar de todos,
Alto, porque eres símbolo del cielo.

Bajo los brazos de la cruz te ufanas,
Tu majestad el pensamiento absorbe,
Y el robusto clamor de tus campanas
Llena la vasta redondez del orbe.

Al diapasón de tus sagradas notas,
Cuando vibra el doliente *Miserere*,

Sienten las almas sus pasiones rotas
Y sed de lo alto sus entrañas hiere.

En tus sagrarios vive, blanca y pura,
Hostia que engendra luz y da sustento;
Astro del alma que al mortal augura
La santa eternidad del pensamiento.

Te consagran las artes sus primores,
Naturaleza fertil su opulencia,
El corazón humano sus dolores,
Y sus hondos secretos la conciencia.

Y pasan años y centurias y evos
Sobre tus gruesas torres descollantes,
Y se yerguen tus muros siempre nuevos,
Siempre hermosas tus cúpulas triunfantes.

. . . . . .

***

LA FLOR DEL ALMA

Amalia: en los jardines
Hallarás bellas rosas y jazmines,
De exquisita y fragante suavidad;
Pero en el alma humana
Crece una flor más bella y más galana
Que se llama la flor de la amistad.

Es en las almas puras
Donde nace y conserva las dulzuras
De su exquisita y grata suavidad;
Y tiempo ni distancia
No alteran la belleza y la fragancia
De la hechicera flor de la amistad.

Cuando en dos almas brota
Esta preciosa flor, el llanto agota
Con perfumes de dulce suavidad;
Y aunque flor, y hechicera,
Es en las almas nobles duradera
Como el ciprés, la flor de la amistad.

Su aroma en la existencia
Vierte un grato perfume de inocencia,
De consuelo y de dulce suavidad:
Por eso, en vez de flores
Cogidas del verjel de los amores,
Yo te ofrezco la flor de mi amistad.

GUILLERMO BLEST GANA.

PENSAMIENTOS

¡Admirable alianza!, Regir y servir, tal es la autoridad eclesiástica. Entre el que gobierna y el que obedece hay la diferencia que el que obedece no debe obedecer más que á uno, y el que gobierna obedece á todos; de modo que con el nombre de padre, de superior y de maestro espiritual, es efectivamente servidor de todos sus hermanos.

Bossuet.

*
* *

La justicia sin la fuerza es contrariada, porque siempre existen malvados: la fuerza sin la justicia es acusada. Conviene, pues, que estén juntas la justicia y la fuerza, y para esto es preciso que lo que es justo sea fuerte, y lo que es fuerte sea justo.

Soinville.

*
* *

El trabajo de formación del régimen imperial en Roma fué debido á que cada uno escribió en él su palabra: Augusto la con-

centración de poderes republicanos en la persona del César; Tiberio el poder de los delatores; Calígula el de los pretorianos; Claudio el de los manumitidos.

M. de Champagny.

***

Sin poder en el Estado, sin corporaciones, sin sociedades, sin instituciones fuertes y bien organizadas, y sin espíritu de cuerpo, el soberano no puede gobernar, pues no tiene más que una cabeza y dos brazos. Se matará á fuerza de fatiga y trabajo, se mezclará en todo, apenas tendrá tiempo para dormir y todo irá mal.

Conde de Maistre

REVISTA DE LA QUINCENA

El acontecimiento que más poderosamente ha preocupado la atención pública durante la quincena últimamente trascurrida, ha sido sin duda alguna la muerte de Muley Assan, Sultán de Marruecos. Que hubiera fallecido el Czar de todas las Rusias, que hubiera pasado á otra vida el poderoso Emperador de Alemania, que hubiera dejado de existir la Reina de Inglaterra y Emperatriz de las Indias, y seguramente la prensa periódica no se hubiera manifestado tan alarmada, ni hubiera concedido tanto espacio á las conjeturas y disquisiciones sobre el porvenir, ni las agencias telegráficas hubieran funcionado con tan nerviosa actividad, ni la diplomacia europea hubiera acuciado con tanto empeño el entendimiento de los hombres de Estado más perspicaces y autorizados. ¡Cuánto no se ha escrito sobre si Muley Assan murió de muerte natural ó fué víctima de un crimen! ¡Cuánto no se ha fantaseado sobre la asignación de sucesor al trono hecha en favor de Muley Abdel-Azis! ¡Cuánto no se ha conjeturado acerca de la actitud del primogénito del Sultán, el desgraciado Príncipe tuerto! ¡Cuánto no se ha discutido acerca de las consecuencias que para la paz europea traería una guerra civil entre los pretendientes al trono de Marruecos! Y sobre todo ¡qué periódico no ha disertado sobre la actitud y planes de Inglaterra, de Francia, de España, de Italia, de Alemania y Rusia! Al mismo tiempo que la prensa y las agencias telegráficas daban pábulo á la pública ansiedad con sus noticias, con sus conjeturas y con sus observaciones, los Gobiernos de las Potencias interesadas en los asuntos del Mogreb estaban noche y día al habla y ponían en movimiento sus escuadras y tanteaban la

posibilidad de empeñar alianzas, como si una conflagración universal amenazara á la Europa. Sabíase que Inglaterra ambiciona la posesión de Tánger, que Francia desea una favorable rectificación de fronteras en el occidente de Argelia, que España tiene cuentas pendientes con el Imperio marroquí, que Italia suspirapor hacerse fuerte en el Norte de Africa, que Alemania busca extender su imperio colonial, que Rusia aspira á ser potencia naval mediterránea; y como todos los Estados tienen ambiciones que satisfacer y todos están preparados para la guerra, se temió que la muerte de Muley Assan y los disturbios que la sucesión á su corona podían promover en Marruecos dispertaran las ambiciones de alguna nación europea y promovieran la intervención de las restantes. Una ligereza en nuestro Ministro de Estado, y acaso el conflicto hubiera sido irremediable. Ratificado apenas el convenio que puso fin á los sucesos de Melilla, y no empezado á cumplir por parte del Imperio de Marruecos, podía nuestro Gobierno ocupar nuevas posiciones en Africa que garantizaran el cumplimiento del tratado de Marrareskh; y acaso á ese avance de España hubiera respondido Inglaterra ocupando á Tánger, con lo cual Francia se hubiera creído amenazada en sus intereses, siendo desde entonces inevitable la guerra.

Afortunadamente ha habido, hasta el presente, prudencia por parte de todos. Hasta los marroquíes se van conduciendo con una cordura y moderación que no eran de esperar, dadas las circunstancias en que se encuentra aquel Imperio. Puede decirse que la guerra civil constituye el estado normal del Mogreb, y más de cuarenta guerras civiles hubo de sofocar el Sultán difunto. Por donde, debía esperarse que, habiendo éste nombrado sucesor suyo á uno de sus segundones, el joven Abdel-Azis, desconociendo los derechos de primogenitura que puede alegar el belicoso Muley Mahomed, éste encendiera la guerra civil y levantara bandera contra su joven é inexperto hermanastro. No lo ha hecho hasta la hora presente que sepamos. Pero lo natural es que así lo haga. Y puede darse por cierto que, de rebelarse el Príncipe tuerto, algunas kábilas favorecerán sus pretensiones, ya que casi siempre, en una ú otra parte del Imperio, hay kábilas en abierta rebelión contra el Soberano. Todo hace temer, no precisamente que surja la guerra civil en Marruecos, sino que continúe la misma dividiendo los ánimos, mayormente cuando Muley Assan murió mientras iba á sofocar una de las innumerables sublevaciones que le obligaron á estar siempre con las armas en la mano. Si las luchas instestinas del Imperio mogrebita hubieran de ocasionar una intervención armada de las Potencias europeas, largos años hace que esa intervención debió haberse realizado, y mejor diríamos aún, esa intervención debió constituir desde años atrás un estado permanente.

Y por lo que á España atañe, creemos del mismo modo, que la muerte de Muley Assan no debe inspirarnos serios temores, por

cuanto el nuevo Emperador, aunque su hermano primogénito intente disputarle la soberanía, no se hallará en peores condiciones que su padre para cumplir los compromisos internacionales. Unicamente en el caso de que Abdel-Azis se propusiera seguir en las amistosas relaciones con España que cultivó el difunto Emperador, y que las kábilas del Riff se negaran á reconocer la soberanía del joven Sultán, podríamos temer que los riffeños reprodujeran sus ataques á nuestra bandera. En este caso, que deben haber previsto nuestros gobernantes, debemos proceder con rapidez y energía, cayendo nuestro ejército sobre el Riff y no evacuándolo hasta haber escarmentado á las kábilas y obtenido un satisfacción completa, no sólo por la presente intentona, sino también por los desastres del último Octubre, que tan ruinosos fueron para nuestro honor y prestigio.

***

Sigue todavía el empeño del Gobierno en sacar adelante el funesto tratado de comercio concertado por el Sr. Moret con el Gobierno de Alemania. La oposición que dicho tratado encuentra en el Senado, en la prensa, en la opinión pública, es verdaderamente formidable. Á estas horas no hay ni un solo español que no se halle íntimamente persuadido de que ese tratado ha de ser funesto para los intereses de la producción nacional; y, sin embargo, el Gobierno se resiste á desistir de él, con una tenacidad incomprensible, cual si se le hubiera puesto al frente de la nación española para que velara por los intereses de Alemania, arruinando las industrias nacionales. Y esa ceguera del Gobierno liberal es tanto más de admirar, cuanto el partido dominante se jacta de seguir los procedimientos democráticos, mientras desprecia cínicamente el clamor del pueblo español, que unánimemente protesta contra el tratado comercial de Alemania. La hostilidad de las Cámaras no puede ser más evidente; la prensa periódica, casi sin excepción, combate la gestión financiera del Sr. Moret; en la mayor parte de las poblaciones industriales y productoras se han celebrado *meetings* concurridísimos para protestar contra los tratados; los personajes más influyentes en el partido imperante se muestran contrarios á los mismos; el mismo Sr. Moret ha reconocido que se le hace una oposición incontrastable; Sagasta se ve impotente para inclinar la mayoría á que dé su aprobación á los tratados; y, con todo, Sagasta y Moret mantienen su resolución de aprobarlos, desoyendo los consejos de los amigos, el clamor de las clases productoras y hasta las protestas de la dignidad nacional y del patriotismo.

***

No parece sino que los Gobiernos liberales de Europa se han conjurado para desprestigiar el sistema parlamentario. Porque ese desdén hacia el Parlamento, de que está dando muestras tan inequívocas el Gobierno de Sagasta en España, corre parejas con el manifestado por Crispi en Italia y por Wekerlée en Hungría. Bueno es que sean los mismos liberales quienes se encarguen de desacreditar ese sistema funesto, que empobrece y degrada á los Estados mientras enriquece y encumbra á todos los ambiciosos é intrigantes. También el Parlamento italiano se opuso á los planes financieros de Sonnino; pero como el Sr. Crispi entiende el decoro de manera muy distinta que el Sr. Sagasta, se apresuró á presentar al Rey la dimisión del Gabinete, desde que se hizo patente la hostilidad de la Cámara á los proyectos del Ministro de Hacienda. Más opuesto se muestra el Parlamento español á los planes de Moret, y sin embargo, el Gobierno se mantiene firme en su puesto; y aunque diversas veces ha dicho nuestro Ministro de Estado que la oposición de los representantes del país le obligará á abandonar la Cartera, lo cierto es que ni Moret dimite, ni Sagasta le hace dimitir, ni este último piensa en que deba dimitir el Ministerio. Fama tiene Crispi de ser arrogante y orgulloso y aficionado á los goces del poder; y con todo, inspirándose en motivos de delicadeza y de pudor político, ha presentado la dimisión del Ministerio desde que se convenció de que su política financiera no merecía la aprobación de las Cámaras. Mas, como Crispi es verdaderamente insustituíble en el gobierno de la nación italiana, hubo de rogarle Humberto I que continuara el Ministerio, siquiera con carácter interino, hasta que se hubiera hallado una solución satisfactoria. Tratábase de hacer economías en Guerra y Marina: los Diputados, atentos al clamor público, las exigían; Crispi, atento á las exigencias de la triple alianza, las rechazaba. ¿Cómo salir del conflicto? El procedimiento á que se apeló no pudo ser más antiparlamentario. El mismo Rey en persona convocó un Junta de Generales; les interrogó acerca de la posibilidad de reducir el presupuesto de Guerra y Marina, sin perjuicio del servicio militar, y habiendo resuelto la Junta que podían por de pronto economizarse de 30 á 40 millones de liras, vuelve á llamar á Crispi, le autoriza para que rebaje 40 millones del presupuesto militar, y le confía la reorganización del Gabinete. Dicho y hecho. Crispi se presenta de nuevo ante la Cámara, habiendo ligeramente modificado el Ministerio, y anuncia que introducirá en Guerra y Marina economías hasta 40 millones. Así se salvó la crisis. La responsabilidad ministerial, exigida por el sistema parlamentario, fué personalmente asumida por el Monarca, que fué quien presentó y realizó el plan que permitió á Crispi continuar en el poder. Una nueva oposición de la Cámara á los presupuestos sería un atentado contra la irresponsabilidad constitucional del Monarca.

Al hacer Crispi la presentación del nuevo Ministerio á la Cá-

mara, hubo de incurrir en estupendas contradiciones. Había afirmado que era una aberración el pensar en economías militares, y ahora se prestaba con mucha frescura á realizarlas secundando el deseo del Parlamento. Esa conversión no favorecía al prestigio del dictador, que se presentaba ante la Cámara sin criterio propio, sin coherencia, sin plan preconcebido, y poco menos que mendigando el apoyo de aquellos diputados á quienes días antes había insolentemente fustigado. Por esto, al protestar Imbriani y Cavalloti contra la ingerencia de la comisión de Generales en la confección del presupuesto, calificándola de arbitraria y de anticonstitucional, el humillado Crispi se defendió en retirada, comprendiendo que los dardos enemigos herían á algo que está más alto que el primer Ministro.

Pero más hondas han sido las heridas inferidas á Crispi y á los principales personajes de la Italia regenerada por el mismo Cavalloti al declarar como testigo, ante el Tribunal de los Asises, en el proceso seguido sobre el Banco Romano. Cavalloti ha revelado que el Senador Tanlongo hizo entrega á Mr. Crispi de los documentos que comprometían á los hombres políticos, y que el Dictador ha conservado en su poder. Crispi, Giolitti y los jefes más conspicuos de la Italia liberal aparecen seriamente comprometidos en el llamado Panamá italiano. Las declaraciones de Cavalloti han puesto en evidencia la inmoralidad de esa joven Italia, que al penetrar por la Puerta Pia prometió sanear los sitios ocupados por la Italia tradicional y pontificia. El proceso Tanlongo ha descubierto el virus ponzoñoso que corroe las entrañas de la Italia oficial, desmintiendo las promesas de moralidad administrativa con que se pretendió cohonestar la formación de la unidad italiana. Y al tiempo mismo que se demuestra por manera evidente la codiciosa conducta de los jefes del movimiento revolucionario de Italia, las noticias alarmantes que llegan de Sicilia y de los países meridionales descubren los horrores de una miseria espantosa, que lleva á la desesperación á los infelices súbditos de Humberto I. ¡Pobre Italia!

*
* *

No ha sido más decorosa la solución de la crisis húngara, que lo ha sido la italiana. Sabido es que Wekerlée, empeñado en sacar adelante el proyecto del matrimonio civil obligatorio, que había sido rechazado por la Cámara de los Magnates, propuso al Emperador Francisco José la creación de un número de Magnates que asegurara mayoría al Ministerio, al remitir el citado proyecto á la alta Cámara. El Soberano se opuso á la creación de esos nuevos títulos, y Wekerlée presentó la dimisión del Ministerio. Creyó el partido católico que el Rey de Hungría se oponía á la ley del Matrimonio civil, contra la cual había protestado el Episcopado, el

Clero y el pueblo creyente. Mas de antuvión es de nuevo llamado Wekerlée por el Soberano, y regresa á Buda-Pest con el encargo de reconstituir el Gabinete. Al reaparecer en la Cámara Mr. Wekerlée, hizo uso de la palabra para explicar con franqueza las peripecias todas de la crisis, sin ocultar el papel que en ella había desempeñado el Emperador Rey. La dimisión había sido presentada porque el Rey Emperador se había negado á la creación de Magnates hereditarios, juzgada por el Ministerio indispensable para asegurar la votación del matrimonio civil. Si de nuevo el Ministerio acepta el poder, es porque el Soberano ha declarado que desea ver aprobada la ley del matrimonio. A una pregunta de Mr. Jvankai sobre la actitud del Soberano en esta cuestión espinosa, ha respondido Wekerlée que el Rey le había autorizado para declarar ante las Cámaras, que S. M. reconocía ser una necesidad el que la ley del Matrimonio civil pasara á ser ley del Estado.

Fuerte Mr. Wekerlée con esa declaración soberana, se mostró seguro de que la Cámara alta daría su aprobación á la ley que antes había rechazado. Bueno es, sin embargo, hacer constar que algunos Magnates reclamaron la libertad de voto, observando que la declaración del Rey no les obligaba á votar contra su conciencia. Pero ¿se mantendrá la alta Cámara consecuente con su votación primera? Más consecuente y más ilustrada que el partido ministerial, predominante en el Parlamento, y que en su furor sectario se ha propuesto *modernizar* la Hungría, mediante un sistema gradual de seculariazciones peligrosas, acaso la Cámara de los Magnates se muestre á la altura de su misión, sabiendo que la ley cuya aprobación se le exige no sólo es funesta para los derechos de la Iglesia, sino una desgracia para el Estado y una amenaza para la federación austrohúngara. Como declara el *Allgemeine Zeitung* los liberales húngaros se proponen llegar, por la descristianización del país, á la ruptura de la unión personal. Acaso las condescendencias de Francisco José, lejos de atajar sus alardes antidinásticos, contribuyan más y más á envalentonar á los secesionistas, que con ocasión de la apoteosis de Koussut pusieron de manifiesto sus atrevidas aspiraciones. Como quiera, la unión austrohúngara descansa sobre la fidelidad al Emperador y sobre el catolicismo. Atentar á éste es atentar á aquél y aflojar la unión personal. El programa del Ministerio Wekerlée envuelve el desatentado proyecto de un Kulturkamf; y la verdad es que la situación de la Hungría y la preponderancia en ella del elemento católico, no consienten que se intente esa lucha religiosa, que sería la disolución del Imperio austrohúngaro.

*
* *

Ya que hemos citado al *Allgemeine Zeitung*, en abono de la conducta de los católicos húngaros, hemos de recoger la perniciosa especie, vertida por este diario, de que el Papa León XIII guarda todas sus complacencias para la Francia, y todos sus rigores para Italia y Hungría, suponiendo á S. S. enemigo de la triple alianza y protector decidido de las naciones que le son hostiles, particularmente de la Francia, de quien espera eficaz apoyo para la restauración de su temporal soberanía. Pero los periódicos que se han hecho eco de esa especie calumniosa, no han reparado quizás en la unidad de miras y de conducta que ha distinguido al Pontificado de León XIII. Siempre S. S. ha procurado la pacificación religiosa en todas las naciones, é igual criterio ha aplicado á España que á Francia, el mismo á Alemania que al Austria, el mismo á Rusia que á Italia é Inglaterra. La política pontificia aplicada á Francia, es la misma hoy que Francia cuenta con la amistad y apoyo de Rusia y contempla sin recelos el poderío de la triple alianza, que era en los comienzos del Pontificado, cuando Francia se hallaba aislada en Europa y se veía obligada á sufrir en silencio ciertas humillaciones que hoy seguramente no toleraría. ¿Puede acaso notarse la más leve contradicción en la política pontificia aplicada á la Italia? Y cuando León XIII influía ante el Centro Católico alemán, para la aprobación de la ley del septenado militar, ¿trabajaba también en contra de la triple alianza? Ciertamente que en la cuestión del matrimonio civil en Hungría se ha mostrado contrario al proyecto ministerial, y ha alentado á los católicos para que aunen sus fuerzas, á fin de impedir que el proyecto sea aprobado; pero al proceder de esa manera León XIII, no ha hecho más que defender la doctrina ortodoxa frente á las innovaciones sectarias; y al mismo tiempo que cumplía ese sagrado deber de su ministerio apostólico, recomendaba á los húngaros la única conducta que puede asegurar la grandeza de su patria: la conservación de sus tradiciones católicas y la lealtad á su legítimo Soberano. No es culpa de León XIII que el Emperador de Austria y Rey de Hungría no tenga entereza bastante para tutelar los intereses católicos en el Reino de San Esteban: S. S. cumple con lo que debe á S. M. A., manifestando lo mucho que importa á la conservación de la unidad austrohúngara el mantenimiento de las creencias católicas entre los magiares. Quizás Francisco JosS se arrepienta demasiado tarde de no haber apoyado la política pontificia en Hungría.

***

Más deferente para con la Santa Sede se muestra el cismático Czar de las Rusias. Comprendiendo Alejandro III que León XIII representa el más alto poder moral que existe en el mundo, y prestando homenaje á las altas cualidades personales que adornan al

actual Sumo Pontífice, ha accedido á los deseos de S. S., nombrando un Ministro que le represente cabe la corte pontificia. Háse dicho que esa determinación del Czar, que pone á salvo los intereses de los católicos rusos, fué tomada en vista de la carta que Mr. Crispi escribió en elogio y apoyo del rusófobo Mr. Stambouloff. No sabemos si esa desatentada conducta del primer Ministro italiano influyó en el ánimo del Czar; pero el hecho de haber supuesto esto nos demuestra que debe haber verdadera incompatibilidad entre la Italia oficial y la Sta. Sede, ya que la aproximación á la una se da como sinónima del alejamiento de la otra. Nosotros creemos, sin embargo, que el nombramiento de Ministro ruso cerca del Vaticano constituye uno de los más hermosos triunfos de la diplomacia de León XIII. Sabedor el Papa del buen acogimiento que tuvo en la Corte del Czar la Encíclica dirigida á los católicos de la Polonia, aprovechó la buena disposición de ánimo de Alejandro III para obtener lo que tanto S. S. deseaba, y que tanto convenía á los católicos de Polonia y tanto había de redundar en prestigio del Pontificado. Más que la carta de Crispi, movió al Czar la carta de León XIII en que se lamentaba de ciertos atropellos injustos de que habían sido víctimas algunos pueblos católicos sujetos al dominio de Alejandro III, quien no tenía noticia de semejantes atropellos. Comprendió el Czar entonces las ventajas de la medida que S. S. le proponía, y cedió á los ruegos del Jefe augusto del Catolicismo.

***

El *Nuevo Monitor de Roma*, correspondiente al 17 del presente mes de Junio, se ocupa con grandes elogios de la Pastoral del señor Obispo de Vich acerca de la peregrinación obrera. Con gusto transcribimos sus propias palabras. «Hemos recibido hoy,—dice el citado Diario católico,—una Carta Pastoral del eminente Obispo de Vich, sobre esta misma materia (la peregrinación obrera). Este documento es la historia completa y exacta de la peregrinación. En ella se consignan los discursos, las reseñas, las narraciones, los documentos, en una palabra, todos los materiales. El Prelado ha prestado con esto un notable servicio, porque esa romería, la más hermosa de todas, merecía tener un historiador, y hoy ya le tiene.» Copia luego los últimos párrafos de la bella Pastoral, y concluye con estas palabras, que honran sobremanera al Excmo. Sr. Obispo Morgades y Gili: «Palabras, son éstas de oro. Meditándolas se comprende el que el Obispo de Vich sea uno de los Prelados más influyentes de la Europa.» Felicitamos cordialmente al ilustre Restaurador de Ripoll.

E. Ll.